

Perro viejo

Todos los derechos reservados.
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

En cubierta: fotografía © 200mm / iStock / Getty Images

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Ernesto Mallo, 2024

© Ediciones Siruela, S. A., 2024

© Schavelzon Graham Agencia Literaria

www.schavelzongraham.com

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 978-84-19942-19-7

Depósito legal: M-31.489-2023

Impreso en Cofás

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Ernesto Mallo

PERRO VIEJO

 Siruela

Nuevos Tiempos Policiaca

A Alberto Bali, mi verdadero hermano

«La vejez no es para cobardes».

BETTE DAVIS

Paddington da vueltas por su despacho del primer piso mientras habla por teléfono. Se detiene junto a la ventana. Como cada mañana, el Perro Lascano da un paseo por el jardín con la sensación, cada vez más frecuente, de andar como en un sueño. Hoy no tiene las manos tan inflamadas como de costumbre. Lascano se detiene, un olor conocido y casi olvidado flota en el aire. Baja la vista; a sus pies, junto a un cantero de amapolas, tras una mata de campanitas chinas, yace un cadáver pálido con toda la sangre afuera, un tajo brutal le abre el cuello de oreja a oreja. Lo invade un mareo oceánico, se le nubla la vista, su corazón se acelera. Retrocede dando tumbos. Se toma del tronco de un roble para no caer. Alza la cabeza para tomar aire con desesperación. Ni una hoja se mueve en la superficie, pero, en lo alto, las nubes atraviesan el cielo a toda velocidad. Mira el objeto que tiene en la mano y, sin pensarlo, lo arroja con fuerza entre los tallos y los plumeros de un grupo de cortaderas donde desaparece. Repentinamente, como si hubiera bajado un telón, ya no ve nada más que un manto gris, uniforme, sin sombras ni matices, está ciego, de su boca sale un aullido que parece el de un animal mortalmente herido. *Ha sucedido algo* —le dice Paddington a la persona con quien está hablando por teléfono y agrega—: *te llamo en un rato.* —Cuelga, sale y se precipita escaleras

abajo. Al pasar por la recepción grita—: ¡PÉREZ, MEDINA, CONMIGO! Cuando sale a la terraza, ve a Lascano deslizarse contra el tronco y caer al suelo en cámara lenta. El Perro balbucea palabras incomprensibles. Los enfermeros ya están allí.

Pérez, llévalo a su habitación.

El joven toma a Lascano por el brazo, lo ayuda a levantarse y lo conduce dando tumbos hasta el camino de pedregullo rojo y hacia la casa. Paddington se aproxima al cadáver y ve el tajo que le abre una segunda boca sangrienta en el cuello. Las dos carótidas y la laringe seccionadas limpiamente. Nadie sobrevive a una herida como esa. *Esto es lo único que me faltaba* —se dice a sí mismo y le ordena a Medina que no permita a nadie acercarse hasta que venga la policía. En la residencia, los cristales difuminan las siluetas de los huéspedes que desayunan en el comedor, ajenos a todo. Paddington se encamina hacia las cortaderas. Las aparta con la mano evitando que las hojas de bordes afilados se aproximen a sus ojos. Allí, en la tierra donde se hunden los tallos de esas plantas, encuentra lo que vio a Lascano arrojar, es una navaja. No la toca, toma dos piedras grandes del camino y las apila para señalar el lugar. De vuelta en la residencia saca el teléfono móvil y llama a la policía. Cuando llega a la habitación del Perro, Pérez está colocando en el contenedor de seguridad la jeringa que acaba de utilizar.

¿Qué le dio? Cero uno de diazepam.

2

Paddington pasa junto a los dos policías que observan al forense medio oculto por las plantas, inclinado sobre el cadáver. Junto a una camilla desplegada, dos ayudantes miran sin demasiado interés. Un fotógrafo no deja de andar de un lado a otro retratando al muerto. Paddington los mira en silencio. El forense se incorpora, se quita los guantes de látex y los arroja en la bolsa que, solícito, le acerca uno de los asistentes y le dirige una mirada interrogativa al recién llegado.

Buen día, soy Peter Paddington, director de la residencia.

El forense se toma unos instantes para responder. Paddington interpreta el silencio y la mirada como la señal de desprecio *light* que le dispensan los médicos de verdad a quienes se dedican al negocio de la salud.

Mucho gusto, soy el doctor Roberto Fosca Aranguren.

Sin que nadie le haya preguntado nada, con la intención de humillarlo con sus conocimientos y con su jerga, comienza a dar cátedra señalando las heridas.

La incisión seccionó la membrana cricotiroidea poniendo al descubierto el vestíbulo de la laringe. El asta inferior

derecha del hioides quedó en el colgajo seccionado. Esta herida tiene una muesca de salida de corte, la cola de ataque, a nivel del ángulo de la rama horizontal con la vertical de la mandíbula en su lado derecho y, posteriormente, una cola de ataque secundaria a nivel mastoideo derecho. Esto fue causado por rectificación del trazo de corte de salida o porque el corte se realizó en dos tiempos. Presenta heridas compatibles con las de tanteo al defenderse. Son irregulares y se deslizan hacia fuera en ángulo con el corte principal. También presenta heridas defensivas en las manos localizadas en las palmas, en los antebrazos y en las articulaciones interfalángicas seguramente producidas al pretender agarrar el arma punzo-cortante. Hay laceraciones en el mentón y en la región supraesternal producidas seguramente al flexionar el cuello en un intento de ofrecer resistencia, heridas profundas y lesiones aberrantes de bordes dentados.

Se queda en silencio como esperando que Paddington diga algo.

¿Entonces, doctor? Entonces, estimado director, se ha organizado usted un bonito homicidio — responde el forense y levanta la vista para ver a alguien por encima del hombro del director—. Oh, ya está aquí el inspector.

Paddington se vuelve. Por el camino avanza un hombre alto, bien vestido aunque algo anticuado, calmado, aspirando y soltando abundantes bocanadas de humo.

Es el inspector Capitán —dice Fosca Aranguren—, este tipo va a darle trabajo, señor director —completa y se vuelve hacia sus asistentes—. En cuanto termine Capitán levanten el cuerpo sin pérdida de tiempo. —Y, señalando las nubes que se están agrupando, agrega—: Parece que va a llover. Saluda brevemente y va a interceptar al policía, con quien se queda conversando unos momentos lejos de los oídos del director, como si estuvieran compartiendo un secreto.

Paddington está hablando por teléfono cuando Capitán entra a su despacho. Le hace media sonrisa y el gesto de «tome asiento». Está manteniendo una conversación administrativa relacionada con pagos y facturas. Tiene pinta de deportista y de cornudo, usa el cabello algo largo que lleva como despeinado. Lleva bigote cuidadosamente recortado. Viste informal y elegante. Tiene el rostro cubierto de pecas, los ojos muy pequeños y una sonrisa forzada que no abandona casi nunca. Hay algo afectado, de felino, en sus movimientos. Termina la conversación y le dedica una falsa sonrisa redoblada.

¿Puedo ofrecerle algo, un café? No, gracias. Vamos al grano, si no le importa. Ningún problema. ¿Quién encontró el cuerpo? Un huésped, Lascano. ¿Lascano, dijo? Sí, Venancio Lascano. ¿El policía? Sí, tengo entendido que fue policía. ¿Puedo hablar con él? Estaba muy nervioso, tuvimos que

sedarlo. ¿Por qué estaba nervioso? Creo que la vista del cadáver lo alteró. ¿Al Perro...?, eso sí que me sorprendería. ¿Perdone? Así lo conocían todos en la Federal, el Perro Lascano, una leyenda. Ya no hay policías como él. ¿Qué puede decirme de la víctima? A Bisordi lo conozco menos, ingresó hace poco. ¿Tiene familiares? No lo sé, nadie lo visita. ¿Quién paga su residencia? Ingresó cuando murió su mujer. Una compañía compró la casa en la que vivían unos años antes. No entiendo. Lo llaman hipoteca inversa. Un negocio inventado hace un tiempo. Son empresas que compran inmuebles de gente mayor con un contrato que les permite continuar viviendo en ellos hasta que mueran, que es cuando toman posesión del bien. A cambio les dan un porcentaje del precio y les pasan un estipendio mensual. Como Bisordi no tenía familiares y ya no estaba en condiciones de vivir solo, consiguieron permiso para ingresarlo en este lugar. ¿El juzgado ordenó que lo enviaran a este lugar? Dado que el departamento de Bisordi era de los muy caros y que tenía mucho dinero, el curador que designó el juzgado pidió y consiguió que fuera ingresado a cargo de la empresa. Ellos pagan la factura. ¿Cómo dijo que se llama esa empresa? La Alborada Sociedad Anónima. ¿Me podría dar la dirección? —Paddington abre un cajón, saca una tarjeta y se la entrega—. Muchas gracias, imagino que tienen un expediente de cada interno. Lo llamamos registro, y a los internos, huéspedes. Muy conveniente. ¿Me puede facilitar el registro de Bisordi? No. ¿Por qué no? Son registros virtuales, pero puedo enviarle una copia si me da un correo. Hágalo, por favor —dice Capitán entregándole ahora su tarjeta de visita—. ¿Cuándo cree que podré hablar con

Lascano? Yo creo que mañana estará en condiciones. Por favor, llámeme cuando le parezca oportuno que lo entreviste.

Capitán sale y cierra la puerta un poco demasiado fuerte. Paddington va hasta la ventana. El equipo forense ya retiró el cadáver de Bisordi, su ambulancia está cruzando la barrera de la entrada. *La muerte pasó por mi jardín, ahora todo vuelve a estar como antes, como si la vida fuese lo normal, como si nada hubiera pasado* —piensa. No ve salir a Capitán. Se sienta a su escritorio para controlar las cámaras de vigilancia. El policía parece estar esperando a alguien junto al escritorio de Sofía, la recepcionista. Aparece Pérez y se pone a conversar con él. La charla es breve. El policía gira y sale de cuadro. Paddington va hasta la ventana. Abajo, Capitán sale del edificio y se dirige al aparcamiento. *No le dije nada de la navaja de Lascano* —se dice—, *lo haré la próxima vez que venga.* —Comienza a llover. Alguien llama a la puerta—. *Adelante.* —Es Sofía—. *Buen día, bonita. Perdone, señor Paddington. No me llames señor Paddington y por favor tuteame, que me haces sentir viejo. Llámame Peter. Lo que diga. Sé que no es buen momento con la que se armó, pero hay algo que tengo que decirle. Decime. Es Vincenzo. ¿Qué hay con él? Está enfermo, no podrá hacer el almuerzo. No te preocupes, hagamos lo siguiente, llamá a Art Catering y que preparen un menú. ¿Algo en especial? Entrada, principal y postre. Lo que vos decidas estará bien, tenés toda mi confianza* —le dice mirándola tiernamente y haciéndola sonrojar—. *Ya lo pongo en marcha* —responde Sofía y

sale. Paddington repara en la camiseta bajo la que se adivinan unas tetas banana de regular tamaño, sus preferidas, que curvan la leyenda que tienen impresa: **HERE COMES TROUBLE.**